



MIGUEL CARIDE

Testimonios de la eternidad

GOBIERNO DE LA CIUDAD
AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
Ministerio de Educación

JEFE DE GOBIERNO
Horacio Rodríguez Larreta

MINISTRA DE EDUCACIÓN
María Soledad Acuña

JEFE DE GABINETE
Luis Bullrich

S.S. PLANEAMIENTO E INNOVACIÓN EDUCATIVA
Diego Meirinho

S.S. GESTIÓN ECONÓMICA Y FINANCIERA
DE ADMINISTRACIÓN DE RECURSOS
Sebastián Tomaghelli

S.S. COORDINACIÓN PEDAGÓGICA
Y EQUITAD EDUCATIVA
Andrea Bruzos

S.S. CARRERA DOCENTE
Javier Tarulla

COORDINADORA GESTIÓN CULTURAL
María Matilde Pirovano

MUSEO DE BELLAS ARTES DE LA BOCA
DE ARTISTAS ARGENTINOS
BENITO QUINQUELA MARTÍN

DIRECTOR
Víctor G. Fernández

COORDINADORA GENERAL
Celina Acevedo

EQUIPO CURATORIAL
Sabrina Díaz Potenza
Yamila Valeiras

COORDINADORA
DE EXTENSIÓN CULTURAL Y EDUCACIÓN
Alicia Martín

TEXTOS
Ruben Granara Insua
Yamila Valeiras

DISEÑO DE CONTENIDOS Y EDICIÓN
Estefanía Nigoul
Yamila Valeiras

DISEÑO GRÁFICO
Estefanía Nigoul

CORRECCIÓN DE TEXTOS
Gabriel Valeiras

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS
Todas las obras reproducidas en el catálogo
pertenecen a Nona y a Eleonora Caride,
a excepción de las que aparecen en las páginas 37, 25 y 43,
que pertenecen a *Maman Fine Art*,
y de la que aparece en la página 14,
cuya fotografía pertenece a Dora Jolodovsky.

Valeiras, Yamila
Miguel Caride : testimonios de la eternidad / Yamila Valeiras. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín, 2018.
52 p. ; 23 x 23 cm.

ISBN 978-987-46689-2-9

1. Arte. 2. Catálogo de Arte. I. Título.
CDD 708

MUSEO DE BELLAS ARTES DE LA BOCA
“BENITO QUINQUELA MARTÍN”
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, agosto de 2018.
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida su reproducción por cualquier medio de forma total o
parcial sin la previa autorización por escrito del Museo de Bellas Artes
de La Boca “Benito Quinquela Martín”.

ISBN 978-987-46689-2-9
Hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina

Vaya nuestra profunda gratitud a quienes colaboraron muy especialmente con esta exposición:

A Nona y a Eleonora Caride, por abrirnos sus corazones, compartir sus conocimientos y experiencias, y ceder en préstamo las obras y documentos del artista.

A la Fundación Museo Histórico de La Boca y a su presidente Ruben Granara Insua, por haber inspirado esta muestra y colaborado con su organización.

A Daniel Maman y a Patricia Pacino, (Maman Fine Art Gallery) por su colaboración con este proyecto.



Sencillez y profundidad de espíritu. Desinterés por los bienes materiales, y apego a los seres, paisajes y cosas más simples y familiares. Concepción del arte como modo de vivir y no como medio de vida. Respeto por el oficio de artista. Edificación incesante y silenciosa de una obra trascendente, cuya importancia suele ser soslayada por el *mainstream* del arte. Elección del ámbito del taller por sobre la exposición pública. Construcción nunca deliberada (pero inexorable) de prestigio, antes que afanosa búsqueda de fama... Es el conjunto de nobles atributos que podrían definir a la mayoría de los artistas que protagonizaron la “Edad de Oro” del arte boquense, y que se resumen en la figura de Miguel Caride.

Artista eminente, cuya relativa distancia respecto a los principales circuitos de legitimación no le impidió conocer premios y elogiosas consideraciones por parte de la crítica especializada. Caride fue construyendo una obra tan singular como vinculada con el arte y la cultura de su tiempo, en el exacto cruce donde las más íntimas pulsiones se conectan con el espíritu de una época.

Si sus obras iniciales se aproximan a Tiglió, Cúnsolo o Lacámara, es en virtud de compartidos intereses plásticos, buscando traducir en pinturas las claves secretas de la luz y de la atmósfera boquense. Y si en su etapa más madura puede asociárselo al surrealismo, es a partir del desplazamiento de aquellas búsquedas, desde exteriores datos sensibles hacia profundos estados interiores.

Sabemos que Caride supo ser reticente a dejarse encuadrar como “surrealista”..., seguramente porque el camino que lo condujo hacia esas imágenes no se cimentaba en la adhesión a un programa plástico, sino en el constante “diálogo” del artista con algunas piedras recogidas en caminatas boquenses, o en la obsesiva contemplación de un pan o una fruta, dispuestos en la mesa familiar. Era dentro de aquellas formas que Caride descubría los universos sorprendentes y extraños que habitaban sus telas, en un proceso similar al cumplido por los alquimistas en su incesante búsqueda de transmutar en oro a la materia más vulgar.

Insistiendo en este punto, cabe recordar que nuestro artista fue además un profundo y agudo pensador, que dejó testimoniados en escritos y conferencias sus amplios conocimientos filosóficos, muchas veces cercanos al hermetismo. La transmutación de lo finito en eternidad (tan presente en los afanes y en los textos herméticos) ha quedado magistralmente plasmada a lo largo de su producción, y particularmente en “Pintura (jarrón con rosas)”, presente en esta exposición. Explicando esta obra decisiva en su tránsito desde la figuración a su etapa “surrealista”, Caride sostenía que “...el florero estaba roto, pero las flores allí igual vivían... por la eternidad de su esencia...”.

Es un alto honor, y parte sustancial de nuestro deber, presentar en El Quinquela la obra de este sencillo vecino boquense, cuyas revelaciones aromadas de eternidad lo hicieron artista universal.

Víctor G. Fernández
Director

Museo de Bellas Artes de La Boca de Artistas Argentinos “Benito Quinquela Martín”



Miguel Caride. Testimonios de la eternidad

Ruben Granara Insua

Presidente Fundación Museo Histórico de La Boca
República de La Boca

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Paisaje, 1938/9

Óleo sobre cartón. 20 x 27 cm

Nació el 12 de julio de 1920, en la entonces “moderna” calle Brandsen, cuando el resistido Puente Nuevo “Nicolás Avellaneda” no había arrasado por la fuerza solariegas casonas y casillas, floridos patios e irrecuperables sitios familiares.

Su nombre completo era Miguel Poklevich Caride, apellidos que nos hablan de significativos aportes inmigratorios riachuelenses. Mostró tempranamente vocación por el dibujo y la pintura, que lo llevaron en 1937, como autodidacta, a presentarse en una muestra colectiva del relevante Ateneo Popular de La Boca, señera institución cultural argentina, fundada por el escritor Don Antonio J. Bucich.

Abordó el posimpresionismo hasta 1940, iniciando ese año su participación en el realismo mágico, en el que se expresó hasta 1940, circunstancia iluminante –según sus propias palabras– que lo convocó a iniciar una de las aventuras más asombrosas en la historia de su vida.

Desde entonces participa en el movimiento surrealista, aunque manteniendo siempre una posición independiente. Su notable labor es entusiastamente apoyada por Aldo Pellegrini y Juan Caselli, con quienes entabla una profunda amistad.

El olímpico accionar de Caride está refrendado por un extenso currículum, auténtica probanza de indiscutibles méritos, verbigracia: notables exposiciones, como las llevadas a cabo en las universidades de Yale y de Texas, en los museos de San Francisco, La Jolla, New Orleans, en la Galerías de New York, Minesota, y en la Ville de Nice, de Francia.

Asimismo, en Buenos Aires, descolló en el Museo Nacional de Bellas Artes, Fondo Nacional de las Artes, en el Museo de Arte Moderno y en las galerías más importantes del país.

No menos significativos son los premios obtenidos por este gran artista, entre los que se destacan, el “Cubo de Acero”, de la sección Argentina, de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, y el Diploma al Mérito, del Premio Konex, en Artes Visuales.

Todo lo enunciado viose realizado con una ineludible pasión por la docencia, pronunciando conferencias y escribiendo numerosos trabajos, donde campean su inagotable vena artística y la sabia filosofía libertaria de la misma.

Se refirieron a su labor, en encomiásticas notas, los más importantes críticos de arte de su época: Córdova Iturburu, Romualdo Brughetti, Jorge Calvetti, Aldo Pellegrini y Guillermo Whitelow, entre muchos otros.

Hoy celebramos, con emoción, que el Museo de Bellas Artes de La Boca “el primero, verdaderamente nacional”, nacido juntamente con la Escuela “Don Pedro de Mendoza”, revolucionaria creación del genial pintor filántropo Don Benito Quinquela Martín, exhiba la esperada muestra dedicada a Miguel Caride, excepcional conjunto de su fantástica producción. En ella podremos comprender el mensaje atemporal de su existencia, cuando nos decía:

“MI VIDA Y MI OBRA SON UNA MISMA COSA. RECHAZAN TODA TENTATIVA DE ENCERRAR MI CONCIENCIA EN PRECEPTOS Y FÓRMULAS”.

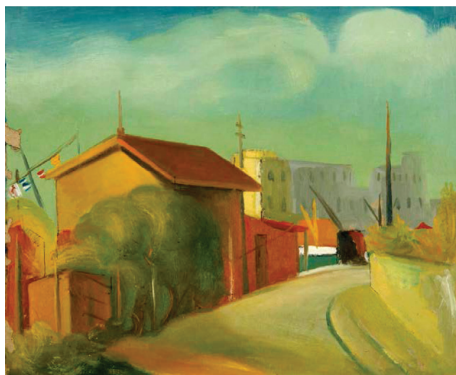
El 23 de agosto del año 2001, en tocante ceremonia llevada a cabo en el palacio del Museo Histórico, el celebrado maestro fue declarado Ciudadano Ilustre de La Boca. Innumerables adhesiones de todos los ámbitos culturales engalanaron aquel reconocimiento inolvidable.

Su fallecimiento, ocurrido el 15 de mayo del año 2010, enlutó a la pintura universal en su más genuina expresión, así como también a los vecinos, que recordarán por siempre su caballerosa bonhomía, sus entrecortados silencios y su inmensa fidelidad al barrio que lo vio nacer.

La conciencia como obra de arte

Lic. Yámila Valeiras. Curadora MBQM

*“Hay más misterio
en la sombra de un hombre caminando en un día soleado
que en todas las religiones del mundo”.*
Giorgio de Chirico



Miguel Caride ha confesado vivir una vida inseparable de la pintura. Arte y praxis vital, embebidos en un mismo fondo, fue el lema de las resonantes vanguardias que sacudieron a las capitales europeas y al mundo entero a principios del siglo XX. A partir de ellas, ningún aspirante a pintor podía plantearse seriamente convertirse en artista sin introyectar las lecciones de la modernidad. Si bien se fueron sucediendo a gran velocidad múltiples ismos de corta duración, entre los movimientos más escandalosos y duraderos se encuentra el surrealismo, que ha sembrado adhesiones y rechazos en las más variadas escalas. Sin embargo, para que los surrealistas construyeran sus primeras imágenes, debieron pararse primero frente a un breve pero penetrante programa que se ha dado en llamar metafísico, desarrollado por los artistas del Novecento italiano. El impacto que causó su aparición en Buenos Aires fue fundamentalmente intenso en La Boca, barrio el que Caride se formó.

La principal vía de entrada de esta tendencia pictórica en Argentina fue la exposición organizada por Margherita Sarfatti en 1930 en la Asociación Amigos del Arte. Nucleando obras de Giorgio De Chirico, Carlo Carrá y Mario Sironi, entre otros, la muestra funcionó como un repertorio particularmente atractivo para los pintores de La Boca, ya que abordaba asuntos que les eran afines (centrados en las zonas suburbanas) y también les resultaban significativos en relación con el origen italiano de la mayoría de sus familias. Sin embargo, no fue esta exposición el único ni el primer ingreso de la influencia novecentista, ya que un artículo publicado el 14 de octubre de 1927 en el periódico porteño *La patria degli italiani* ubica a Franco Ciarlantini dando una conferencia sobre el tema en la legendaria Peña del Tortoni, visitada asiduamente por pintores boquenses que, a través de portavoces como aquel, ya estaban avizorando búsquedas vecinas (sin duda recogiendo elementos de la tradición italiana pero sobre todo alimentándose de la representación de su horizonte cotidiano en torno al Riachuelo). En esta línea, podemos afirmar que existe en la primera etapa de trabajo de Caride un sendero marcado por dos faros de la historia del arte boquense que absorbieron algunas fórmulas metafísicas: Fortunato Lacámara y Víctor Cúnsolo, ambos tendientes a concentrarse en ciertos problemas plásticos, como la incidencia de las luces en los volúmenes y el peso visual de las formas y los colores.

MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Paisaje, 1938/9
Óleo sobre cartón. 21 x 26,5 cm

El trabajo de Cúnsolo, dejado atrás su inicio impresionista, comenzó a participar de esa nueva sensibilidad de los años treinta, expresada en el realismo propuesto por el Novecento, cuyo nombre debía a la intención de abreviar en la norma figurativa del

pasado sin por eso obviar determinadas experiencias de las vanguardias, en especial el rumbo que condujo al cubismo sintético. Algunos paisajes tempranos de Caride recuerdan esta modalidad de representación, por los contornos nítidos, la definición neta de los elementos y la depuración de las chimeneas fabriles y los barcos cargueros, evidencias de la modernización de la periferia de la ciudad. Por su parte, Lacámara, personaje que se movía con gran sencillez en el ambiente bullicioso de La Boca, eligió pintar su mundo más inmediato de un modo introspectivo, anclado en un realismo austero y de composición rigurosa que lo llevó a buscar lo esencial en lo material. Caride también dedicó buena parte de sus comienzos en la pintura a sumergirse en el género de la naturaleza muerta en la intimidad de su estudio, donde dio especial importancia al tratamiento de una sutil luz que invade los espacios y baña a los objetos dando como resultado sombras proyectadas de apariencia congelada. Emplea una materia diluida para dar cuerpo a planos de color cuidadosamente limitados por un dibujo concienzudo y meticuloso. En estas obras, Caride expresa también sus preocupaciones acerca de la materialidad de los elementos: la madera, el metal, el cristal, las telas, la cerámica, las cáscaras de las frutas. En su paleta predominan los tonos desaturados y un cromatismo apaciguado por el ajuste de valor. Este acento puesto en el trabajo sobre el color y el lirismo de la imagen seguramente sea producto de su paso por las clases que impartía Marcos Tiglio, otro prócer boquense, en la Universidad Popular de La Boca, apreciado especialmente en su atención cezanniana a la estructura racional de las frutas y las flores. Del maestro probablemente también haya incorporado la extrema concentración en el proceso creativo, que llevó a Caride a comportarse casi como un ermitaño de la pintura.

En una segunda etapa, Caride se inmiscuye en otro tipo de bodegones, donde son capaces de convivir una botella de vino, un huevo, un reloj y un lápiz. Estos elementos aparecen descriptos minuciosamente y al extremo del detalle, con superficies obsesivamente pulidas, conseguidas mediante la dedicación de un pincel fino y blando durante largas horas, e incluso días enteros, para buscar el acabado correcto de forma, volumen y color, en el marco de una actitud monástica del autor que condiciona directamente el resultado de su producción. Son objetos que intentan relacionarse entre sí desde la incongruencia y la casualidad, demostrando que se alejan del mundo corriente y ordinario para comportarse de manera metafórica. También la pintura metafísica se abrió paso en medio de la Primera Guerra Mundial presentando espacios misteriosamente quietos y tranquilos, silenciosos. Con la intención de explorar la vida interior, proveyeron a sus escenarios de una atmósfera mágica y enigmática, que conjuga elementos aislados, de naturaleza diversa pero cotidiana. Caride hereda de esas pinturas metafísicas una dimensión temporal que parece estar solidificada, otro motivo por el cual esta clase de representaciones suelen plantarse en la vereda de la fantasía. El aire detenido y la desolación del conjunto colaboran para provocar un efecto de inverosimilitud, potenciado por la solidez y el estatismo de los elementos en juego. Este componente onírico y alejado de la realidad física nos permite aventurar que la particularísima marcha de Caride en el contexto de La



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1938/9

Óleo sobre cartón. 24,5 x 30 cm

Boca tiene reminiscencias del itinerario europeo que colocó al Novecento italiano como precedente obligado del surrealismo. De esta manera, Caride arribó a formas similares, pero atravesando un proceso individual tan auténtico y diferente, que nunca le permitió reconocerse en los ismos. Tan consciente era de la carga simbólica oculta que subyace en las cosas más simples que, haciendo honor a su afinidad con la metalurgia, solía recoger pequeños fragmentos de canto rodado que encontraba por casualidad cerca del puerto, llevarlos a su casa y examinarlos en todas sus posibles posiciones.

En determinado momento, aparece una pintura que se constituye en bisagra, escindiendo el corpus de obra de Caride en dos mitades. Se trata de un jarrón con flores que se alza en un ámbito desértico ostentando la rotura de la loza y permitiendo ver a través de ella. Respecto a esta imagen, su esposa recuerda que “el jarrón se ha roto pero las flores viven igual, porque el espíritu es eterno”. Estas palabras pronunciadas por Caride nos incitan inmediatamente a establecer un paralelo con Benito Quinquela Martín y su serie *Cementerio de barcos*, donde la podredumbre y el deterioro de las derruidas naves se convierten en el suelo fértil que provoca el nacimiento de una vegetación tupida, símbolo de la potencialidad de la vida contenida en medio de la desolación. Luego de este punto de inflexión, Caride se traslada casi naturalmente hacia una etapa conectada con el surrealismo en su vertiente más abstracta, en ocasiones visitada por Yves Tanguy y Max Ernst. El innegable antecedente altorrenacentista del Bosco dado a conocer principalmente por el tríptico *El jardín de las delicias* se hace notar en las composiciones de Caride donde se yerguen estructuras germinales a la manera de las fuentes del pintor flamenco. Superficies ovoides y tersas, en equilibrio inestable, invitan al ojo del espectador a rebotar de extremo a extremo, para desembocar en una confusión entre lo primitivo y lo visceral. La ponderación surrealista del accionar automático, inmune a la intervención reguladora de la razón y la lógica, se pone de manifiesto en la fluidez de un trazo aparentemente pasional que ahonda en las verdades del inconsciente. De este modo, Caride construye un nuevo tipo de visualidad donde su imaginación penetra la esfera de lo subconsciente y alcanza una realidad otra, una surrealidad donde el control de la mente no tiene lugar. En suma, Caride elige una mirada propia que, aunque no exenta de coquetear con el universo vanguardista, lo mantiene en un relativo aislamiento, propio de la insularidad cimentada en su pertenencia boquense.



MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Madre e hija en el espacio cósmico, 1961
 Óleo sobre cartón. 45 x 35 cm

Con estas líneas, hemos intentado ilustrar la orgánica evolución de Caride en su devenir pictórico, que tuvo su punto de partida en una figuración sólida para llegar a tocar el umbral de una arriesgada abstracción. A partir de la recopilación de manuscritos del artista y documentación asociada a su labor, seleccionamos una serie de testimonios y referencias que nos ayudan a seguir dotando a su figura de una consistencia merecida. Dichos extractos escritos, que recuperan la voz del artista, complementan el material visual que es resultado de una selección de obra en poder de su familia y de la galería de Daniel Maman, que generosamente nos han cedido la autorización de reproducirlo en el presente catálogo.



MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Sin título, 1938/9
Óleo sobre cartón. 68,5 x 47,5 cm

1



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Sin título, 1938/9

Óleo sobre cartón

1- 35,5 x 31 cm

2- 35,5 x 31 cm

3- 42 x 33,5 cm

4- 43,5 x 35 cm

2



3



4

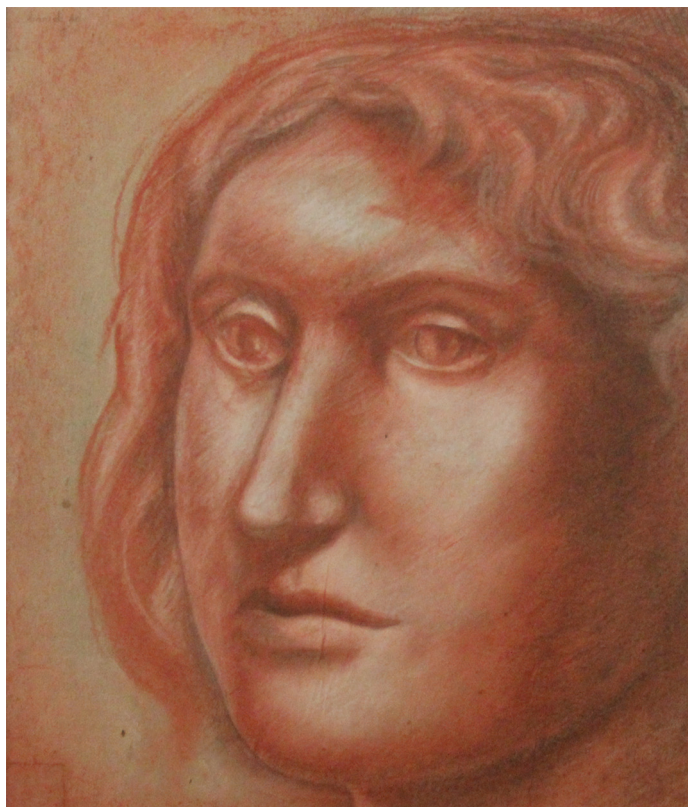




MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Autorretrato, 1943

Óleo sobre cartón. 97 x 68,5 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Retrato, 1940
Sanguina sobre papel. 30 x 26 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Retrato, 1940
Sanguina sobre papel. 32,5 x 27,5 cm



| 17 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Paisaje, 1938/9

Óleo sobre cartón. 34 x 45,5 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Paisaje, 1938/9

Óleo sobre cartón. 22 x 26,5 cm



| 19 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Paisaje, 1938/9

Óleo sobre cartón. 24,5 x 34 cm



| 21 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1938/9

Óleo sobre cartón. 24,5 x 30 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1938/9

Óleo sobre cartón. 18 x 22 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1938/9

Óleo sobre cartón. 24,5 x 30 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta. Manzanas, 1938/9

Óleo sobre cartón. 24.5 x 34 cm



| 25 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1940
Óleo sobre cartón. 50 x 70 cm



| 27 |
MBQM

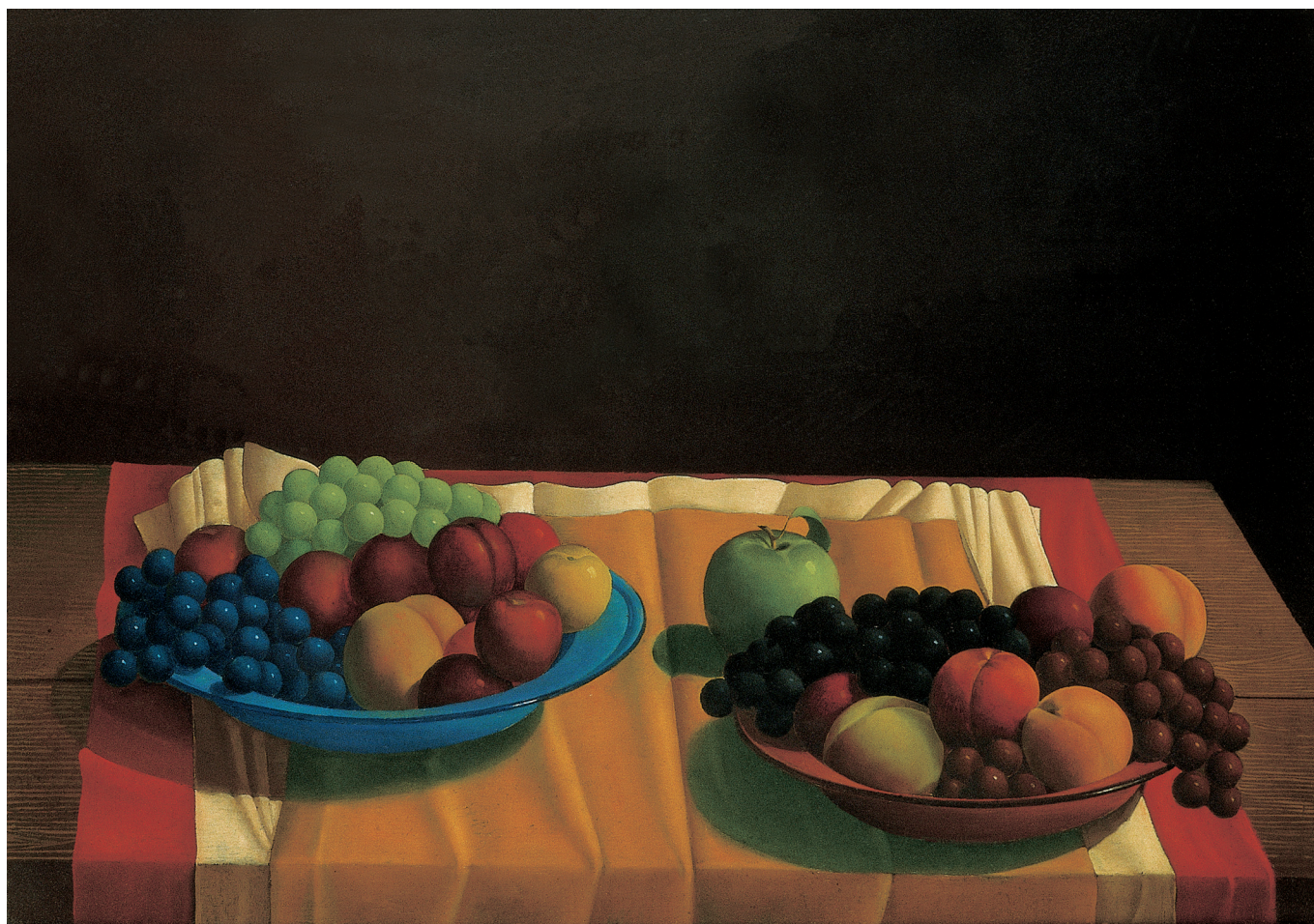
MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Naturaleza muerta con jarra roja, 1939/40
Óleo sobre cartón. 50 x 70 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta con paño rojo, 1939/40

Óleo sobre cartón. 50 x 70 cm





| 31 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1939

Óleo sobre cartón. 50 x 70 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1941

Óleo sobre cartón. 33 x 49 cm



| 33 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Naturaleza muerta, 1941

Óleo sobre cartón. 35 x 50 cm

EL JARRÓN
SE HA ROTO
PERO LAS
FLORES
VIVEN IGUAL,
PORQUE EL
ESPÍRITU
ES ETERNO

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Pintura, 1946

Óleo sobre tela. 43 x 33 cm





MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Cosmogonía, 1954

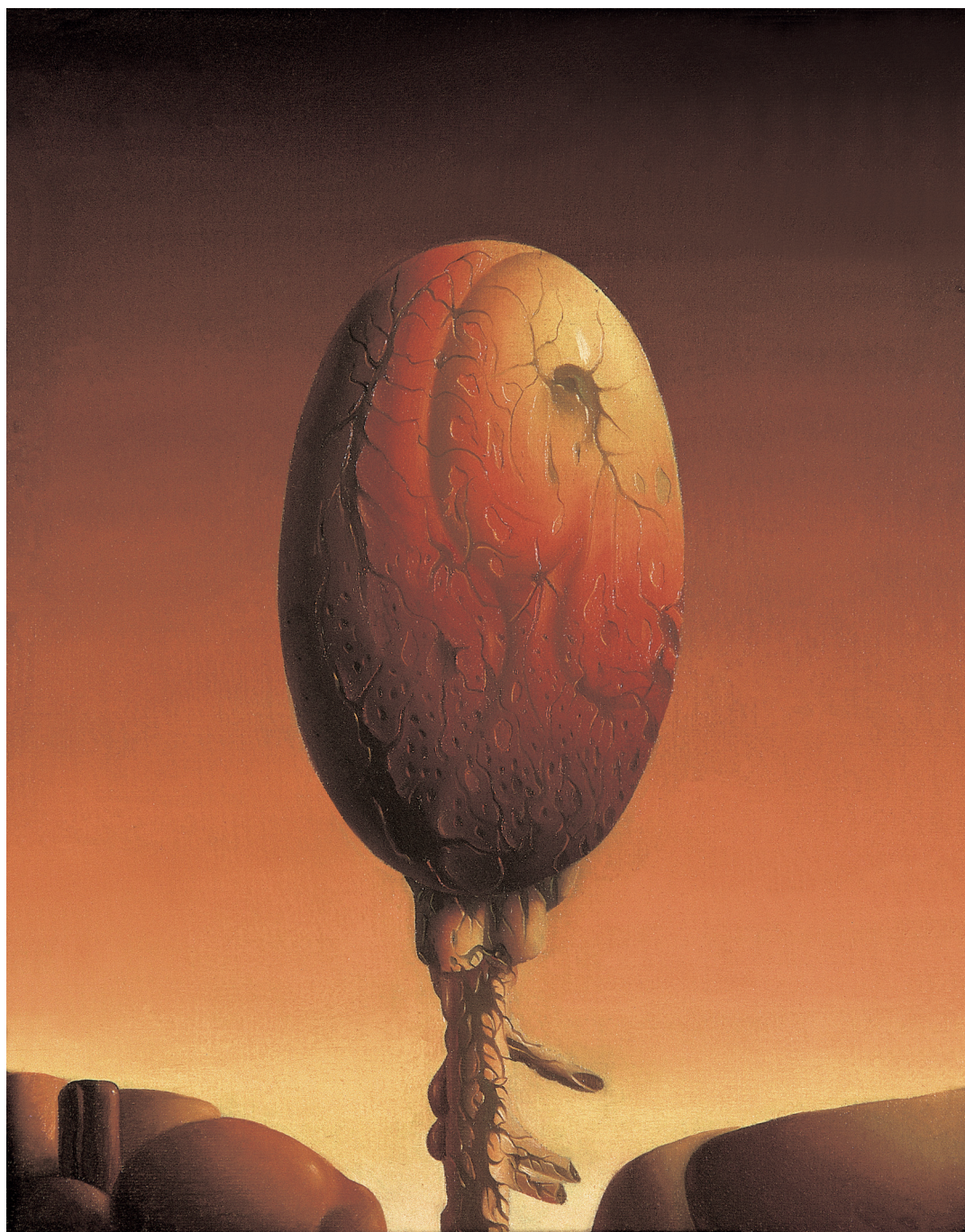
Óleo sobre tela. 35 x 45 cm



| 37 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Imagen para un tiempo sin miedo, 1948
Óleo sobre tela. 18 x 24 cm

MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Testimonio de una existencia, 1948
Óleo sobre tela. 30 x 24 cm





MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Del comienzo de los tiempos, 1960/1
Óleo sobre tela. 35 x 45 cm



| 41 |
MBQM

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

El ángel, 1960

Óleo sobre tela. 35 x 45 cm

MIGUEL CARIDE (1920-2010)
Tensiones o simetría patética, 1956/7
Óleo sobre tela. 30 x 24 cm





MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Forma pulida por el viento, 1963
Óleo sobre tela. 30 x 24 cm

MIGUEL CARIDE (1920-2010)

La noche, 1963

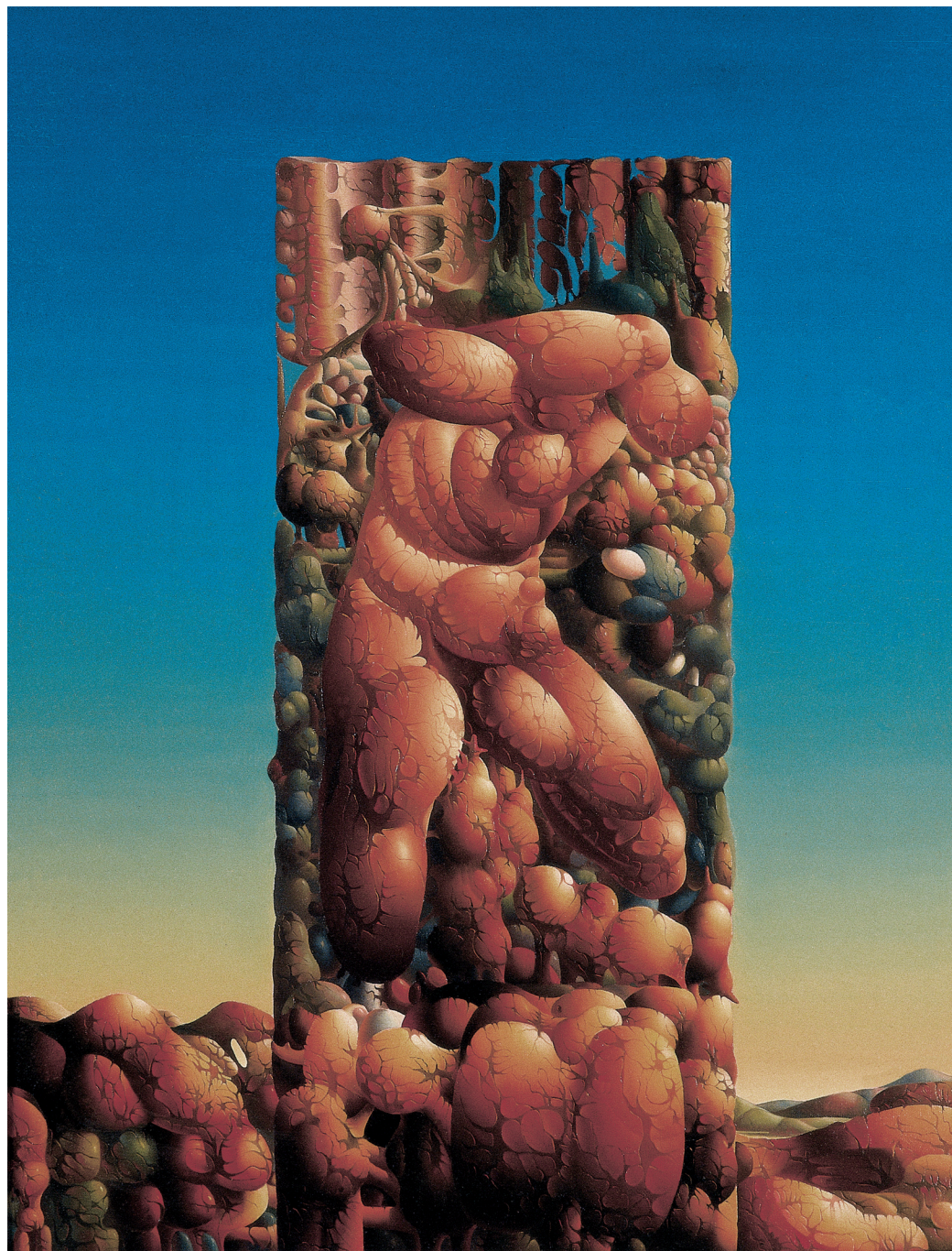
Óleo sobre tela. 30 x 24 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Ecce homo, 1963

Óleo sobre tela. 45 x 35 cm



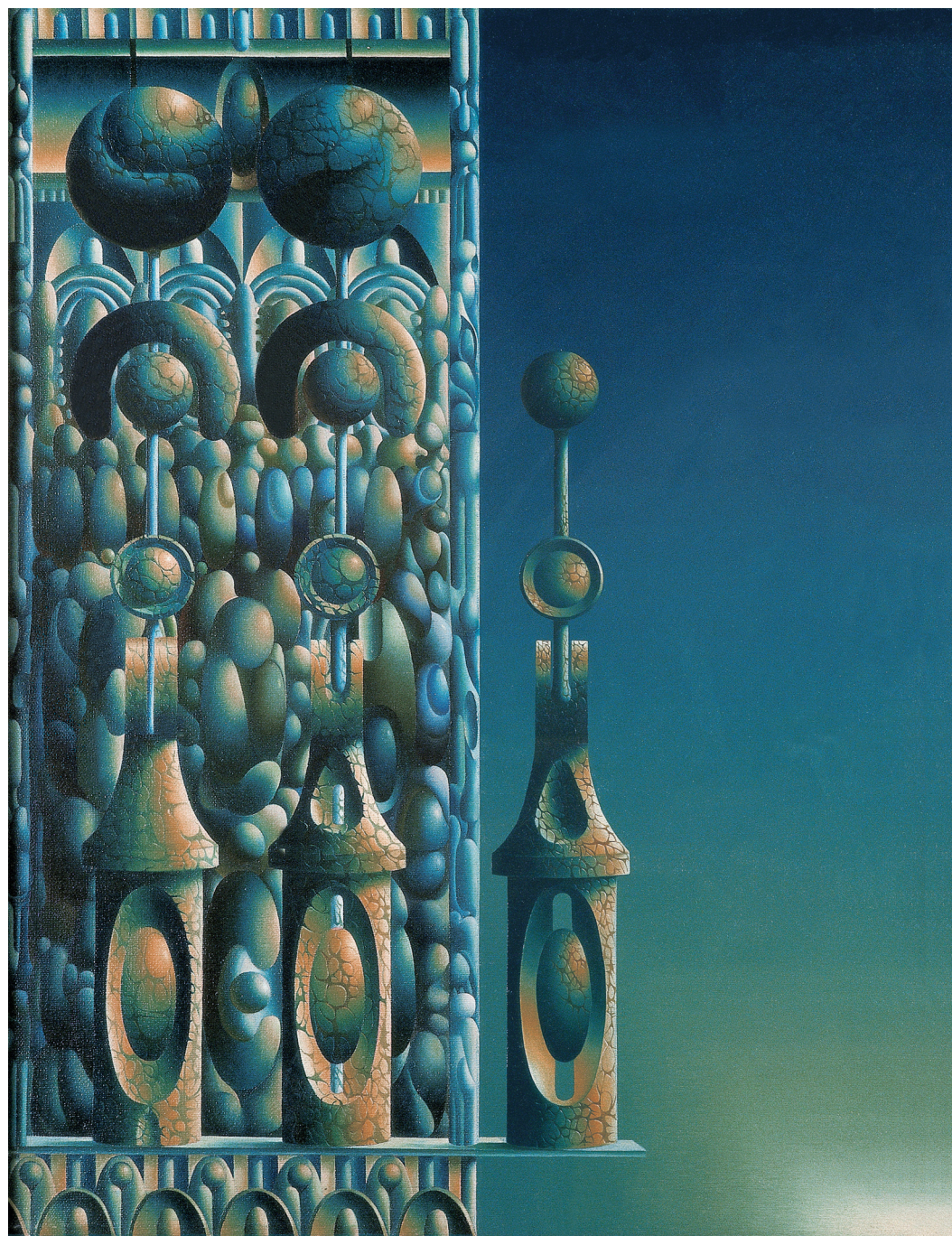


MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Las dos presencias, 1964/5
Óleo sobre tela. 30 x 24 cm

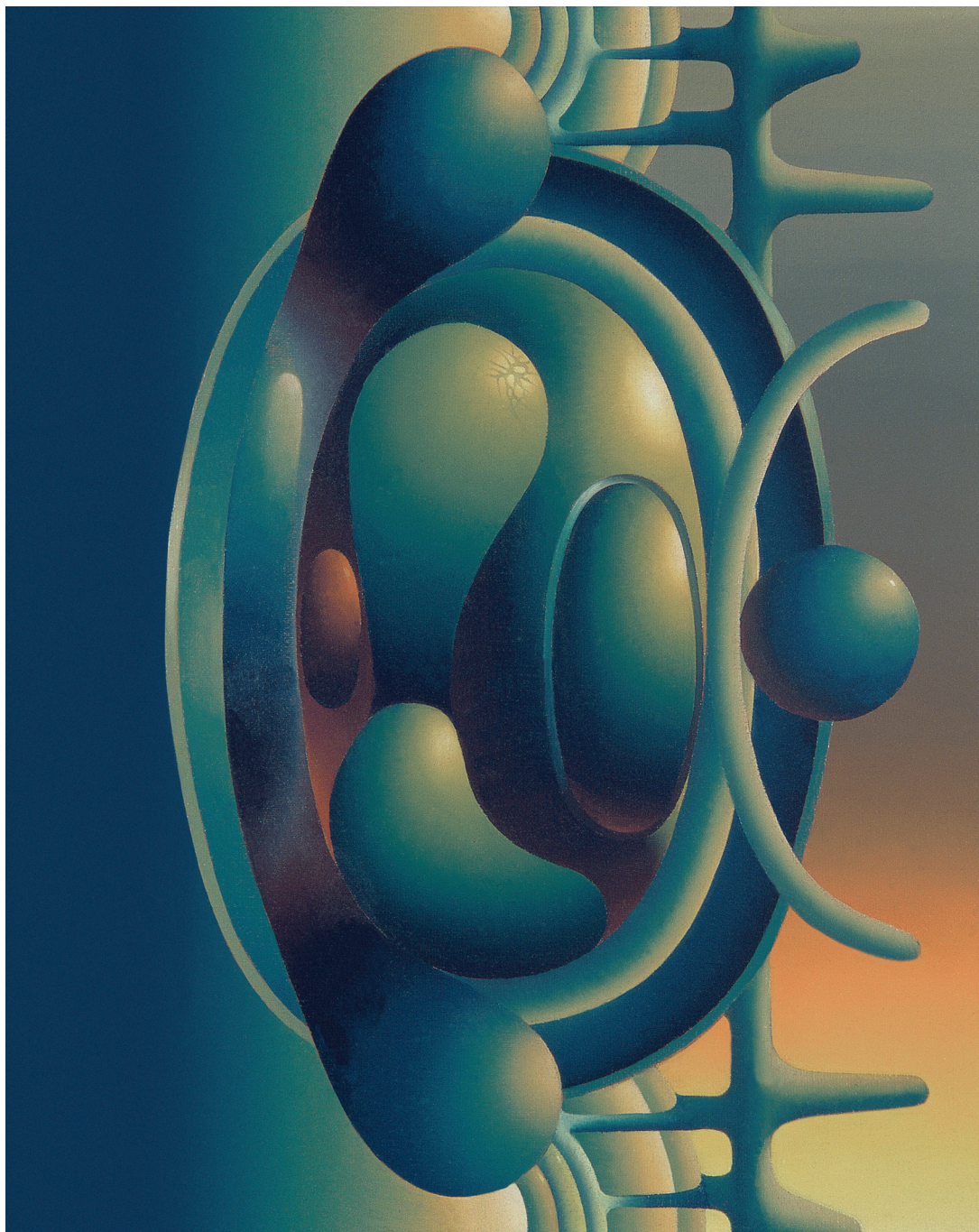
MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Figura solitaria, 1965
Óleo sobre tela. 45 x 35 cm



MIGUEL CARIDE (1920-2010)

Todo en el uno, 1963
Óleo sobre tela. 30 x 24 cm



Se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2018
en Casano Gráfica S.A.
Ministro Brin 3932 (B1826DFY) Remedios de Escalada
Buenos Aires, Argentina, República Argentina.
Tirada 1000 ejemplares.

MUSEO BENITO QUINQUELA MARTÍN



Buenos
Aires
Ciudad

Ministerio de Educación

MBQM

MUSEO BENITO QUINQUELA MARTÍN

